

XXV. Restablecí la paz en el mar librándolo de los piratas que lo infestaban, y á consecuencia de esta guerra, devolví á sus amos, para que les hicieran sufrir el suplicio merecido, unos treinta mil esclavos fugitivos que habían tomado las armas contra la república. Toda Italia, por un movimiento espontáneo, me prestó juramento y me proclamó por jefe en aquella guerra que acabé con la victoria de Accio; y el mismo juramento me prestaron las provincias de Galia, España, Africa, Sicilia y Cerdeña. Esta misma fórmula del juramento fué entonces repetida por más de 700



Juno Regina (1)

senadores: de este número han llegado á ser cónsules... y pretores unos ciento setenta.

XXVI. Todas las provincias del pueblo romano que confinaban con naciones no sometidas aún á nuestro imperio han visto por mí dilatarse sus términos; yo he pacificado las provincias de Galia y España por la parte del Océano, desde Gades hasta la embocadura del Elba; yo he agregado al imperio los Alpes, desde el territorio vecino al Adriático hasta el mar Tirreno, sin haber hecho nunca injustamente la guerra á ningún pueblo. Por orden mía, partiendo de la embocadura del Rin el comandante de la flota, navegó hacia el Oriente hasta una región á que ningún romano había llegado nunca ni por tierra ni por mar.

Los cimbras, los carides, los semnones y otros pueblos germánicos de esta misma región solicitaron mi amistad y la del pueblo romano por medio de embajadores. Por mi orden y bajo mis auspicios fueron dos ejércitos casi al mismo tiempo á Etiopia y á la Arabia que llaman *Felis*. Los dos pueblos que atacamos sufrieron crueles pérdidas en el campo de

(1) Cabeza de una estatua de bronce antiguamente plateada. Encontrada cerca de Viena (Isere) en 1859, figura ahora en el museo de Lyon. Según la inscripción grabada en la diadema, el cuestor L. Livio hizo donación de esta estatua á la colonia de Viena. *Gazeta Arqueol.* 1876, p. 1.

batalla, haciéndoles además gran número de prisioneros. En Etiopia las águilas romanas llegaron hasta la ciudad de Nabata, que está muy cerca de Meroe; y en Arabia traspasó el ejército las fronteras de los sabeos hasta la ciudad de Mariba.

XXVII. He añadido el reino de Egipto al imperio del pueblo romano. Pude hacer una provincia romana de la Grande Armenia, después de la muerte de su rey Artaxias; mas preferí, siguiendo el ejemplo de nuestros mayores, transferir este reino á Tigranes, hijo de Artavasdes, nieto del rey Tigranes, encargando de esta misión á Tiberio Nerón, que no era entonces más que hijastro mío. Cuando después se agitó esta misma nación y se alzó en son de guerra, fué domada por mi hijo Cayo César, y entregada de mi orden al rey Ariobarzanes, hijo del rey de los medos Artabaces, y después de su muerte, á su hijo Artavasdes. Habiendo sido asesinado este último, envié allá á Tigranes descendiente de los reyes armenios. Todas las provincias situadas allende el Adriático por la parte del Oriente, como también la Cirenaica, habían sido en gran parte abandonadas en manos de reyes extranjeros; yo las recobré, como había hecho antes con Sicilia y Cerdeña, separadas del imperio por los trastornos y desórdenes de una guerra servil.

XXVIII. He fundado colonias militares en Africa, en Sicilia, en Macedonia, en las dos Españas, en la Acaya, en Asia, en Siria, en la Galia Narbonense, en Pisidia, etc. En cuanto á Italia, poseo hasta veintiocho de la misma índole fundadas también por mí, que las he visto muy pobladas y florecientes.

XXIX. He recobrado gran número de estandartes romanos perdidos por generales sin fortuna; los recobré de los españoles, de los galos, de los dálmatas, etc., después de haber vencido á los enemigos que los retenían. Obligué á los partos á devolver los despojos y las águilas de tres ejércitos romanos y á pedir en súplica la amistad del pueblo romano. Todos estos trofeos fueron depositados por mí en el templo de Marte Vengador.

XXX. Las naciones panonias, en las cuales no había penetrado ningún ejército romano, antes de mi principado, fueron domadas por Tiberio Nerón, que era entonces sólo hijastro mío y mi legado: las sometí al imperio romano, y amplié los límites de la provincia de Iliria hasta el Danubio. Bajo mis auspicios fué batido y derrotado un ejército de dacios que traspasó estos límites; más tarde, un ejército conducido más allá de este río, obligó á los pueblos de la Dacia á someterse á las órdenes del pueblo romano.

XXXI. Los reyes de la India me han enviado con frecuencia embajadores, que jamás había visto ningún jefe romano: por la voz de sus diputados me pidieron la amistad del pueblo romano los bastarnos, los escitas y los reyes de los sármatas, que habitan aquende y allende el Tanáis, los reyes de los albanos, de los iberos y de los medos.

XXXII. Vinieron á refugiarse á mi lado, humildes y suplicantes, los reyes de los partos Tirídates y luego Frahates, hijo del rey Frahates, el rey de los medos Artavasdes, el rey de los albanos Artaxatres; los reyes de los bretones Dumnobelauno y Tim..., de los sugambros, Melo, de los marcomanos y de los suevos, y muchos otros caudillos. El rey de los partos, Frahates, hijo de Orodes, me envió á Italia todos sus hijos y nietos, no á consecuencia de una derrota, sino á fin de obtener nuestra amistad por medio de estas prendas de su propia familia. Bajo mi principado, muchas otras naciones, que no habían tenido nunca relaciones políticas, ni menos ningún comercio de amistad con el pueblo romano, nos han dado ocasiones de probarles nuestra lealtad.

XXXIII. A mí se dirigieron los partos y los medos por boca de los principales personajes de su nación, enviados como embajadores, á fin de obtener por reyes, los partos, á Vonones, hijo del rey Frahates y nieto del rey Orodes; y los medos, á Ariobarzanes, hijo del rey Artavasdes y nieto del rey Ariobarzanes, y los dos pueblos obtuvieron reyes de mis manos.

XXXIV. Habiendo puesto fin á las guerras civiles, durante las cuales reuní en mis manos todos los poderes, por general consentimiento, entregué al senado y al pueblo romano la dirección de los negocios políticos, en mis consulados sexto y sétimo. Para honrar esta conducta, se me dió por senadoconsulto el título de Augusto; y se decretó al mismo tiempo que se adornaran las puertas de mi casa con hojas de laurel, y que por encima de la entrada se pusiera una corona cívica, como asimismo que se colocara en la curia Julia un escudo de oro, cuya inscripción dijera que se me había concedido por el senado y el pueblo romano, para memoria de mi valor, de mi clemencia, de mi justicia y de mi piedad. Desde aquel momento aventajé á todos en consideración, pero nunca tuve más poder en ninguna magistratura que el colega que lo ejercía conmigo.

XXXV. Mientras ejercía yo mi dicitotercio consulado, el senado, el orden equestre y todo el pueblo romano, me dieron el título de Padre de la Patria, y decidieron que se inscribiera este título en el vestíbulo de mi casa, en la

curia y en el foro Augusto, bajo la cuadriga que se erigió en mi honor, en virtud de un senadoconsulto.

Cuando escribía esto, alcanzaba ya los setenta y seis años de mi edad.

El total de las cantidades que dió, ya para el tesoro, ya para el pueblo, bien para los veteranos licenciados, monta á seiscientos millones de denarios.

Construyó los templos de Marte, de Júpiter Tonante, de Júpiter Feretrió, de Apolo, del divino Julio, de Quirino, de Minerva, de Juno Reina, de Júpiter Libertas, de los Lares, de los Penates, de la Juventud, de la Madre de los dioses, de Lupercal, el Pulvinar, inmediato al Circo, la Curia con la Calcídica, el foro Augusto, la basílica Julia, el teatro Marcelo, el bosque de los Césares, á la otra parte del Tíber, el Pórtico en el Palatino, el Pórtico del circo Flaminio.

Restauró el Capitolio y ochenta y dos monumentos sagrados, el teatro de Pompeyo, los acueductos, la vía Flaminia.

Los gastos que hizo para los juegos, los combates de atletas y gladiadores, el simulacro naval y las cacerías de fieras, no se pueden calcular, como tampoco los donativos hechos á las ciudades y á las colonias de Italia, á las ciudades de provincias destruidas por los terremotos ó por los incendios, ó bien á los amigos y senadores cuya renta hubo de completar.

CAPITULO LXX

LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES EN TIEMPO DE AGUSTO

I. — EL SIGLO DE AGUSTO. — LAS LETRAS.

Nadie se engaña hoy sobre el sentido de estas palabras: el siglo de Pericles, de Augusto, de León X. Estos protectores de las letras y de las artes les deben más de lo que les dieron; ni entran por nada en el gran trabajo que se consumió alrededor de ellos. Las revoluciones literarias, como todas las revoluciones, se preparan lentamente y no estallan sino á la aparición de un hombre superior. Ahora bien, los hombres de este temple se forman, no por el príncipe, sino por la naturaleza. Sin embargo, menester es dar un nombre á esas épocas en que la humanidad, concentrando todas sus fuerzas productivas, hace rápidamente brillar una multitud de obras maestras; y este nombre está bien escogido, cuando es el de un príncipe que ha tenido gusto para apreciar las producciones del ingenio y obsequiosos miramientos para los que las concibieron. La historia acepta justamente este uso, y dígame lo que se quiera, la posteridad no separará nunca á estos príncipes de los hombres grandes por el genio, las acciones ó virtudes que han ilustrado su reino.

Este noble cortejo que no conduce él, pero que lo rodea ¿es el menos espléndido para Augusto? Plauto falta en él, y Terencio, Lucrecio, Cicerón, César y Salustio, que le precedieron, y Tácito que le siguió. Pero á su lado, ayudando ó favoreciendo su marcha, veo á Mecenas y Agripa, la política y la fuerza; más lejos á Druso y Germánico, jóvenes príncipes amados del pueblo y de la historia. Detrás de él, á tres escritores inmortales: Virgilio, conduciendo *el coro de los poetas*; Tito Livio que celebra las costumbres laboriosas, el patriotismo y los altos hechos de los tiempos

pasados, Horacio; el poeta melodioso, del buen sentido y del gusto. Después, y bastante lejos detrás de ellos, Vario, que intentó rivalizar con Sófocles; como si pudiera haber lugar en Roma para la musa trágica al lado de los juegos del anfiteatro (1). Tibulo, Galo, Propercio, la elegía, rara vez natural, porque es ya demasiado sabia; Ovidio, la abundancia, á menudo estéril; Pedro, frío, pero límpido escritor; Manilio, el cantor de los astros, *confidentes de su destino*; Varrón, Higino, Flaco, la erudición bajo las únicas formas que se conocieran en Roma, la gramática y la liturgia; Celso, á quien no se puede llamar el Hipócrates romano, sino á condición de entender que copió al Hipócrates griego; Estrabón, el gran geógrafo; Vitruvio, el consejero por demás celebrado de aquellos desconocidos artistas que cambiaron la faz de Roma. Y el galo Trogo-Pompeyo; y los griegos de Roma: Dionisio de Halicarnaso, Diodoro de Sicilia, Nicolás de Damasco, que escriben historias generales para aquel imperio universal. Finalmente, el grave

(1) Vario había hecho el *Tiestes*, tragedia que Quintiliano como para injustamente con las de Sófocles y Eurípides y que no fué más representable que la *Medea*, de Ovidio (VIII, 3, 17, y IX, 1, 98). Roma sólo tuvo tragedias de salón, no para el teatro, donde un populacho venido de los cuatro extremos del mundo, con tradiciones y creencias diferentes, no hubiera podido comprender. A los poetas citados, podría añadir: Píntico, autor de una epopeya sobre la guerra de Tebas, que Propercio (*Eleg.* I, VII) iguala con mucha complacencia á las obras homéricas; Baso, célebre entonces por sus yambos; Cornelio Severo, autor de tragedias, de epigramas y elegías; Pedro Albinovano, que había escrito un poema sobre Teseo; Caro, que había hecho otro sobre Hércules; Tuticano, traductor de la *Odisea*, etc. No hablo de Corn. Nepote, que era un pobre historiador; ni de César, que como escritor debe estar entre los primeros. Higino era un liberto de Augusto y bibliotecario del palacio imperial.

y libre Labeón, con su rival, Ateyo Capitón, que regulan la jurisprudencia, el uno en nombre de los antiguos principios de la ciudad, y el otro en nombre de aquel poder nuevo entonces, pero que Cicerón suponía más antiguo que el mundo y contemporáneo de Dios mismo, la equidad, la ley natural.

Suponed que un pintor de genio traslade al lienzo el cuadro cuyo bosquejo acabo de trazar; poned á su lado la *Escuela de Atenas* de Rafael, y reconociendo y todo la espléndida superioridad de la Grecia, confesaréis que Roma ofrece también una página gloriosa.

De este cortejo de Augusto separemos algunos hombres cuya acción sobre la sociedad romana fué más directa ó que nos harán ver ciertas fases del espíritu de aquel tiempo. La historia literaria reserva su atención sólo para las obras de arte, y tiene el derecho de desdenar todo lo que no lleve su glorioso sello. La historia política que necesita participar de las ideas, va á buscarlas á todas partes, aun allí donde el talento de escribir carece de esplendor. Por eso, en razón de su popularidad, es decir de la influencia que han ejercido, interroga á un teólogo filósofo, como Varrón, y hasta á un cómico moralista, como Publilio Siro, reservando sin embargo el primer lugar para los hombres de genio que han honrado su siglo.

De estos hombres, que escribieron para todas las edades, tuvo entonces Roma bastantes. Mientras el emperador daba la paz y el orden, procuraban ellos secundarlo con rara inteligencia de los deberes del talento, en su obra de pacificación y en el propósito de levantar con el culto de lo bello y de lo bueno el alma de aquel pueblo, quebrantado por la corrupción, las luchas impías y el desbordamiento de las pasiones.

No quiero decir que Augusto hubiera alistado á Horacio, á Virgilio y Tito Livio entre sus consejeros, á título de profesores de moral oficial. Pero el sentimiento de ellos se halló de acuerdo con las intenciones del príncipe, y cada uno á su manera, en su plena libertad, trabajó en la obra común.

Se objetará contra este papel dado á Horacio, por ejemplo, alguna que otra ligereza de lenguaje, que á nosotros nos parece más culpable que lo era en efecto á los ojos de un pueblo en que el mismo Catón hacía de las cortesanas una institución saludable. A pesar del tributo pagado á la grosería romana y á su propia debilidad, Horacio es un escritor moral. El mismo San Jerónimo lo llama más poeta grave, y los escritores religiosos de la Edad media suelen citarlo de muy buena voluntad (1). Si no se eleva hasta la altiva virtud de los estoicos, se mantiene entre Epicuro y Cenón en una región media, un poco más amplia y cómoda ciertamente, pero donde muchos pueden llegar con él, á lo justo y á lo bueno. Sabe que la naturaleza humana es doble: con una mano flagela á los ambiciosos que corren á la fortuna, á los afeminados que ceden siempre á la tentación del placer, á los cobardes que abandonan el gobierno de sí mismos y á los necios que dan la eterna comedia de sus extravagancias; y con la otra pinta en rasgos inmortales al héroe que cae obstinado en su valor, ó al justo, firme siempre en sus designios, que vería que el mundo se le viene encima y no temblaría por eso. Cuando elogia con viril acento el desdén de la pobreza y de la muerte, el co-

(1) Los papas fueron más severos: la primera edición de Horacio impresa en Roma es del año 1811, durante la ocupación francesa. Cf. Walckenaer, *Vida de Horacio*, I, 519, núm. 1. Su padre, esclavo público de Venusia, hubo de tomar á su emancipación el nombre de *Tribus Horatia*, de que esta ciudad formaba parte; y de aquí el nombre de su hijo.

medimiento en la fortuna, la constancia en la adversidad, ó con voz menos altiva, pero siempre cuerda, da los preceptos de una filosofía indulgente, si no enseña el sacrificio, á lo menos defiende el gusto de la sabiduría práctica en un pueblo en cuyo seno había que dar á las virtudes privadas el lugar que no llenaban ya las virtudes públicas.

De esta manera, sin pensar mucho en ello, siguiendo su fantasía y no una consigna, había tomado Horacio en el seno de la sociedad romana la función ú oficio de los antiguos poetas, que fueron los primeros sembradores de las verdades morales. Lo que domina toda su filosofía es el sentimiento de la exacta medida, que en arte se llama buen gusto, y en la realidad de la vida, buen sentido; lo que él aconseja sin descanso es la moderación en el deseo que mantiene á cada uno en su lugar, como el empleado del tesoro permaneció en el suyo toda su vida. No tiene nuestras melancólicas tristezas, y no será él quien diga las palabras puestas en boca de Esopo, uno de sus maestros: «Dios amasó con lágrimas, no con agua, el polvo de que hizo al hombre.» Ve bien cómo la Muerte va con igual paso á la cabaña del rico que á los palacios de los reyes, y cómo se acerca lentamente á Tibur, donde se ocultan para él tantos amores y para otros tantas ambiciones; pero la sombría consejera no le enseña sino á hacer buen uso de los días que le deja: *Carpe diem*, añadiendo felizmente: «A proporción que la vejez avanza, hazte más dulce y mejor.»

Lenior et melior fis accidente senecta.

Aplicándose á sí mismo su consejo, busca la sabiduría: «Veamos, dice á su labrador (*villicus*), veamos quién de los dos trabajará mejor, tú escardando mi campo y yo mi alma, y quién de Horacio y su tierra, quedará en mejor estado.»

Por lo demás, nada de esas austeridades teatrales que se amarán más tarde y que no exigen la naturaleza ni la misma virtud. Hace una vida fácil, pero bien ordenada, que rodea de todas las elegancias del arte, del pensamiento y de la naturaleza. No es aficionado al ruido ni al bullicio de la multitud, ni habría sido más audaz en el foro que en el campo de batalla. Una pequeña propiedad en un pintoresco sitio y bellas umbrías, donde en los días de alegre juventud, demasiado prolongada, se ocultaban Lalage ó Cínara, pero que no agita ya ahora más que el delicado soplo de la musa, *spiritum Graiae tenuem camena*; buenos higos de Túsculo y el falerno del consulado de Manlio; una conversación elegante en que cada día se irá dando más lugar á la filosofía, con algunos amigos escogidos, con aquel, sobre todo, que era la *mitad de su alma*, ó con aquel otro, á quien no quiso sobrevivir... he aquí colmados los deseos de Horacio (2).

En sus versos asoman por aquí y por allá los sentimientos que van á animar á la nueva sociedad. Los antiguos poderes, la aristocracia de la sangre y la multitud popular se respetan poco en ellos. No se cura de los sufragios de la una:

Non ego ventosa plebis suffragia venor.

Y en otro lugar:

Odi profanum vulgus et arceo.

Pero si busca los de la otra, si desea que sus versos ocupen nobles ocios, es reivindicando altivamente los derechos del talento. No se avergüenza de ser hijo de un antiguo esclavo, y cuando envía su libro al librero: «No temas,

(2) Decía de Virgilio: *dimidium anime meae*; y declaraba á Mece nas que moriría con él, lo que sucedió con pocos días de diferencia.

le dice, recordar mi humildad y pobreza. Lo que quites á mi nobleza se lo darás á mi mérito.» Horacio es pues el poeta de una sociedad que se hace monárquica y de una corte que comienza. Sin embargo, no es un cortesano. Al lado de Augusto, su condición es la de Racine y Boileau al lado de Luis XIV; mejor aún, porque no tiene el cargo ni el sueldo de historiógrafo. Rechaza los favores, bien que Augusto haya añadido á los más delicados miramientos el honor de su amistad, y cuando el ministro del emperador le da prisa para que celebre los altos hechos de Augusto, rehusa hacerlo (1). Ni ha de quejarse tampoco en voz muy alta su mejor amigo de las pocas visitas del poeta ni de sus prolongadas estancias en la quinta que le ha regalado, sin lo cual Horacio contestaría á Mecenas con el apólogo del musgano que no puede salir ya de la alacena en que ha engordado; como él, está dispuesto á dejar lo que ha tomado para recobrar su libertad.

Y el protector comprende la noble independencia de su protegido, que tenía por divisa: «Quiero dominar la fortuna y no ser dominado por ella.» Oid ahora estas palabras de altiva libertad, aun respecto de los dioses: «No pidáis á Júpiter más que lo que da y quita, la vida y la fortuna: en cuanto á la paz del alma, á nosotros mismos nos corresponde dárnosla.»

Horacio, el paseante del Foro, el frecuentador del palacio de las Esquilias, se había dirigido al hombre de todos los tiempos, de todas las sociedades cultas, y no menos había servido los designios del príncipe (2). Virgilio respondió á esto mejor aún, bien que viviera habitualmente fuera de Roma y pareciera habitar en espíritu, bien lejos de sus contemporáneos.

Reunía en sí cualidades casi siempre separadas. Sin embargo no se encontraría en la historia de las letras un genio más armonioso. De corazón tierno y casto, amante de los bosques, de los campos, de la naturaleza entera, cuya alma tenía siempre un eco en la suya, derrama su ternura en todo lo que ve; y anima todo lo que ve para hacerlo amar, sufrir y llorar. No hay nada donde no ponga un dolor, una lágrima: *sunt lacryma rerum*. Detesta la criminal locura de los combates (3); se conmueve y turba ante todo lo que muere, *mentem mortalia tangunt*, ora sea la ternera exhalando su vida junto al pesebre lleno, ora sea el ave herida en el seno de la nube, ó el toro expirando sobre el surco al lado de su compañero que deja escapar fraternal gemido.

Para Catón la tierra no es más que un instrumento de lucro; para Virgilio la diosa sustentadora, la madre de todos. En la primavera recibe la celeste esposa al poderoso Eter descendiendo á su seno en fecunda lluvia que infla sus gérmenes y hace prosperar las mieses, las flores y los frutos. Ve y comprende el inmenso círculo de la vida universal, y en el entusiasmo de su ciencia poética da este grito que es el de la humanidad:

Felix qui potuit rerum cognoscere causas.

(1) *Carm.* I, VI, y II, XII. Véase también la *Epist.* I, VII. Proporcio hizo lo mismo (III, IX). ¿Era esto acaso una lisonja para Augusto ó una queja ó resentimiento con César? No lo sabemos; pero Horacio no habla nunca del dictador, ni Proporcio tampoco.

(2) Sin embargo, no parece haber sido muy popular en Roma, durante su vida, ni en el siglo siguiente. Los *graffiti* de Pompeya, que reproducen versos de Virgilio, de Proporcio y de Ovidio, no citan ninguno de Horacio. Virgilio que huía de la gente, fué popular sin embargo, y la leyenda se apoderó de él, aun en plena Edad media. El pueblo no conoció á Horacio, porque la leyenda necesita el misterio que hay en la existencia de Virgilio y no en la de Horacio, que nos ha contado todos los pormenores de su vida. Pero fué muy popular entre la gente de letras y con frecuencia citado ó imitado por los escritores cristianos.

(3) *Scelerata insania belli* (VII, 461.)

Pero también tiene las cuerdas que vibran al soplo de los viriles pensamientos por todas las grandezas de la patria, por aquella Roma que llama él *rerum pulcherrima*, por aquella majestuosa roca del Capitolio, que subsistirá «mientras el pontífice suba sus gradas y á su lado la silenciosa vestal.»

Y envuelve estos sentimientos y recuerdos en la más suave poesía; así, considerando sólo el arte, Virgilio es un poeta más grande que Homero, y, sin embargo, la *Eneida* queda tan lejos de la *Iliada*, como el mármol lo está de la vida, porque el más hábil artista no puede rivalizar con la obra que ha salido viva de las manos de Dios ó de la conciencia de un pueblo. Homero podía ser ciego; cantaba lo que la Grecia había cantado. Virgilio compulsó todas las historias,



Virgilio (4)

despertó laboriosamente los ecos perdidos de todas las tradiciones é hizo una obra de ciencia, tanto como de poesía.

Así, para animar el bello mármol virgiliano, hay que poner en él lo que ponían los romanos: el alma misma de Roma y de la Roma de Augusto. Sus versos iban directamente á los romanos de su edad, sea que en la más perfecta de sus obras intentara con la poesía lo que los Gracos habían intentado con la ley, hacer revivir el gusto del trabajo y de las virtudes rústicas, el amor del divino esplendor de los campos (5), sea que en la *Eneida*, que acaso se llamó al principio *Gesta populi Romani* (6), procurara despertar en ellos el culto de los dioses y de los héroes de la patria. Hasta les daba una lección con este dicho de orgullo: «Recuerda que los destinos te hicieron para gobernar el mundo,» porque les recordaba en estas palabras que su imperio había sido el premio de sus costumbres severas y religiosas.

Virgilio que tan á menudo se inspiró en Lucrecio, com-

(4) Busto del museo del Capitolio.

(5) *Divini gloria ruris* (Georg. I, 168.)

(6) En los versos atribuidos á Galo, de *Virgilio's morte*, se dice á propósito de la *Eneida*, que es menester conservar á pesar de los deseos del poeta moribundo: *Fac laudes Italum, fac tua fata legi.*

bate de uno á otro extremo de sus dos poemas el ateísmo de su predecesor. «Ante todo, dice, se debe honrar á los dioses.» Es la consigna de Augusto. Y al mismo tiempo que afirma el gobierno del mundo por los divinos habitantes del Olimpo, se complace en mostrar á los antiguos pastores de los pueblos, aquellos reyes hijos del cielo que hacían, como el heredero de César, reinar en torno de sí la paz y la abundancia.

Si las *Geórgicas* son el elogio del trabajo santificado por la religión y recompensado por los dioses, la *Eneida* es la glorificación de la monarquía, consagrada por la voluntad y la protección divinas. Los dos poemas eran pues un alegato en favor de la triple restauración de las costumbres, de la religión y de la realeza de los antiguos tiempos que Augusto procuraba hacer. Por eso, en aquel prudente Eneas, que los dioses llevaban de la mano desde las playas troyanas hasta las orillas del Tíber, muchos reconocen al hijo piadoso que la Fortuna había conducido desde las escuelas de Apolonia al palacio de César. La figura de Eneas en el poema no es tan pálida sino para los que quisieran encontrar un valiente á la manera de Aquiles ó de Ajax en este personaje sereno y frío, siempre dueño de su corazón y de su valor, porque cumple una misión divina y lleva con los sagrados Penates los destinos de la ciudad eterna. Este fundador es un pastor y no un héroe; los dioses obran en él y por él, *pius Aeneas*; y á su muerte, viene á ser el dios nacional: *Pater Indiges* (1).

A los ojos de los contemporáneos de Virgilio, el segundo Eneas, acabados los combates y vengado su padre, pasa lo mismo, tranquilo y dulce, por en medio del mundo en desorden, calmando las pasiones de que él no participa, trayendo á la tierra el orden que los dioses ponen en el cielo y llevando él también en sus manos los destinos de la nueva Roma, cuyo dios protector será á su vez: *divus Augustus*.

Cito de paso sus *Bucólicas*, género falso que no se ofrece sino en el seno de las sociedades gastadas, donde se habla de pastores y rebaños bajo doradas techumbres. En sus comienzos hubo de hacerse Virgilio émulo de Teócrito; sin embargo, en ciertos versos, brilla el genio que más tarde desplegará sus alas y se cerne sobre las más altas cumbres.

No me pertenece hablar del estilo y composición en la obra de los dos poetas. Debo, sin embargo, señalar como un rasgo del carácter de Virgilio, que sus heroínas son más poéticas que sus héroes. Nadie entre los antiguos, salvo Sófocles, ha penetrado como él en el fondo del corazón de la mujer, ni encontrado los tesoros de ternura, de casta dignidad y de valor que en él se esconden. Dido es la más apasionada de las mujeres que el suelo de África haya enardecido con su fuego; su Andrómaca es más simpática que la de Homero, y Camila ha venido á ser el tipo de las doncellas guerreras que han cantado los poetas.

Por esta exquisita delicadeza de sentimiento, Virgilio no pertenece á su tiempo; y menos aún le pertenece por otra fase de su genio. Las consecuencias de las guerras civiles, que había recibido en su delicada y nerviosa naturaleza (2), lo habían hecho no sólo poeta, sino también adivino, *vates*. Cuando después de tanta sangre y ruinas, después de tantas violencias del soldado impío, «la victoria de Octavio hizo esperar el restablecimiento del orden, vió con vista profética elevarse sobre el mundo la aurora de una paz que iba á durar dos siglos. Horacio celebra su bienvenida, que alegre

(1) Esta idea de que la *Eneida* es un poema religioso, y Eneas un pontífice, se encuentra ya en Macrobio.

(2) Era Virgilio alto, pero débil de estómago y delicado de pecho.

todos los corazones: ahora viene la paz, ahora viene el placer:

*Nunc est bibendum, nunc pede libero
Pulsanda tellus!*

exclama el alegre comensal de Mecenas.

El cisne de Mantua exhala también su grito de alegría; pero su grande y melancólico pensamiento sube más alto: entrevé la renovación de las edades, el orden de los siglos que otra vez comienza y como una nueva raza que descende de los cielos para derramar sobre el mundo un nuevo espíritu:

*Ultima Cumæi venit jam carminis ætas;
Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo...
Jam nova progenies cælo demittitur alto...
Aspice convexo nutantem pondere mundum,
Terrasque tractusque maris cætumque profundum;
Aspice, venturo lætentur ut omnia sæclo!*

Diríase Colón, perdido en procelosos mares dando á tímida tripulación el grito salvador de ¡tierra! é indicando en las brumas de Occidente el nuevo mundo que va á salir del seno de las ondas.

Hablando así Virgilio expresaba perfectamente una idea que del fondo de su corazón de poeta había subido á su espíritu para desvanecer las últimas tristezas y fortalecer en él la esperanza; pero en estos bellos versos se inspiraba también en las tradiciones etruscas sobre la renovación milenaria del mundo, y acaso y sin saberlo, se hacía también eco de los vagos y poderosos sentimientos que estremecían á todo el Oriente é iban á tomar cuerpo en la magnífica y santa personalidad de Jesús.

A fin de recomponer los libros sibilinos quemados en el incendio del Capitolio, se habían recogido los oráculos que corrían por Grecia y Asia; y de estos países donde el patriotismo se producía siempre en forma religiosa, habían vuelto muchas predicciones mesiánicas. Los libros hebreos y mazdeínicos estaban llenos de ellas, y los judíos los habían traído á Roma, donde una profecía de la sibila, puesta en circulación acaso por César, anunciaba el próximo y necesario advenimiento de un rey.

El mesías es la fe de las razas religiosas oprimidas, las cuales, según su genio propio, esperan un vengador guerrero ó pacífico. ¡Cuántas veces los árabes, aun los nuestros, no han creído ver, como los judíos de Palestina, que se les aparecía su salvador (3)! Creencia etrusca, pérsica ó judía, una mentira de la sibila (4), esta idea del redentor pacífico poseyó el alma de Virgilio en el momento en que parecían acabar tan prolongadas guerras, y renunciando al tema habitual de la edad de oro, colocada por los poetas griegos en los antiguos días del mundo, se atrevió á hacer la promesa del porvenir:

*Ferrea primum
Desinet ac toto surget gens aurea mundo.*

(3) Es la idea misma del curioso libro de Abd-el-Kader. Admira nuestras riquezas y nuestra civilización; pero nos echa en cara no creer en los mesías. Esta obra es un ejemplo del estado de los espíritus en Oriente, que ha hecho nacer tantas religiones.

(4) En rigor se podría encontrar una idea judía ó pérsica en lo versos 24 y 25 de la 4.^a égloga, donde se habla de la muerte de la serpiente, como en el Génesis, y del renacimiento del árbol de la vida:

*Occidet et serpens, et fallax herba veneni
Occidet; Assyrium vulgo nascetur amomum.*

El amomum era, para los griegos, equivalente al árbol de la vida, el hom de los mazdeínicos.

La humanidad se ha acostumbrado á esta vista más amplia y se obstina, en sus indestructibles esperanzas, en poner delante de sí lo que en otro tiempo se ponía detrás. El historiador que también mira hacia donde se puso el sol del ayer, gusta de mostrar en Virgilio, al lado del cantor de los tiempos antiguos, al poeta que tuvo el presentimiento del porvenir, al *dulce maestro*, que el Dante tomó por guía, y acaso tuvo por uno de los precursores de una gran revolución moral (1).

Horacio y Virgilio representan todo lo que puede entrar de griego en el genio latino. Tito Livio, al contrario, es puramente romano, y heredero de una larga serie de importantes personajes, que después de haber servido al Estado en los campos de batalla ó en el consejo, querían servirlo aún formando nuevas generaciones con el ejemplo de los mayores. La historia en Roma es, como el derecho, una ciencia patricia.

No se sabe si Tito Livio, que al parecer era de buena casa, estaba ligado por vínculos de parentesco á las antiguas razas de Roma, pero sí, á buen seguro, lo estaba por los sentimientos y el carácter. Natural de Padua donde nació el año mismo en que César recibió el gobierno de la Galia, vino á Roma por el tiempo de la batalla de Accio, y fué, como Horacio y Virgilio, amigo de Augusto, que se interesó en sus trabajos, le suministró documentos de la antigua historia de Roma, que él no conocía, y le abrió todos los archivos del imperio. En estas fuentes bebió con discreción, no teniendo á pesar de su amor á la verdad, ni la curiosidad del erudito, que rebusca con paciencia los despojos del pasado, ni la penetrante crítica que adivina lo que no existe ya, ni aun siempre esa imparcialidad que se inquieta poco ó nada de que un hecho lastime el orgullo de un patriota ó las conveniencias del escritor.

Una frase del prólogo revela su procedimiento, muy oratorio en verdad, pero poco histórico.

«Los hechos, dice, que han precedido ó acompañado á la fundación de Roma han llegado á nosotros embellecidos con ficciones poéticas... Perdónase á la antigüedad esa introducción de los dioses en las cosas puramente humanas, que hace más augustos los comienzos de los pueblos. Fuera de esto, tal es la gloria del pueblo romano en la guerra que, cuando proclama por fundador al dios Marte, deben sufrirlo las naciones con la misma resignación con que sufren nuestro imperio.»

Paso de buen grado á Tito Livio ese altivo lenguaje cuando se trata de orígenes sagrados; pero cuando olvida la toma de la ciudad eterna por Pórsena y el rescate del Capitolio, tomado por los galos, entro en desconfianza y me asalta el temor de que haya exagerado muchas victorias ó disimulado muchas derrotas de los romanos. Me disgusta igualmente verlo copiar largamente á Polibio, sin citarlo, á menos de admitir con el cándido Rollin, que le hizo justicia en algunos de sus libros perdidos.

Con todo eso, debemos reconocer, sin hablar de su estilo ampuloso ó amplio como la majestad romana, que Tito Livio poseía algunas de las más preciosas cualidades del historiador: un odio vigoroso contra el mal, de donde quie-

(1) Una cosa me disgusta de Virgilio: amaba el oro y murió rico. En la oda *ad Virgilium negotiatorem*, Horacio que fué siempre pobre, lo convida á comer, á condición de que lleve él los perfumes, y le insta á dar tregua por un momento á los negocios:

Verum pone moras et studium lucri (Carm. IV, XII).

Marcial V, 16. He hablado de su castidad: como poeta, sí, y todavía hay que exceptuar la 2.^a bucólica; pero como hombre, es otra cosa. Pero de Horacio decía Damásipo:

Mille puellarum, puerorum mille furores (Sat. II, III, 325).

TOMO II

ra que viniese, de los magnates ó del pueblo, del senado ó de los tribunos; poderosa imaginación que da movimiento, color y vida, allí donde el analista ordinario no ponem más que un hecho, una fecha, un nombre; la facultad, en fin, de hacerse contemporáneo de aquellos cuya historia cuenta, permaneciendo sereno ante las pasiones, para juzgarlas bien, pero sin perder tampoco el sentimiento de todos los ardores, para estar en aptitud de comprenderlos y describirlos.

En los tiempos de la antigua república, la libertad aristocrática hubiera encontrado en él un poderoso orador para su defensa. Lo que no podía ser en la tribuna lo fué en sus libros que forman un verdadero curso de elocuencia. En ellos estudiamos nosotros las más bellas formas del lenguaje; pero sus conciudadanos encontraban los mejores ejemplos de valor, de disciplina, de perseverancia, de patriotismo, en una palabra, de virtud romana.

¿Cuál era su fe política?

No lo dice. Pero en aquella larga contemplación de una historia siete veces secular (2), había aprendido que las instituciones no son inmutables, ni los gobiernos perpetuos, y hubiera querido moderar esta inevitable movilidad con dos frenos: el respeto de las costumbres y el de las leyes. Esta fuerza de conservación fué una necesidad que hubiera recomendado él al mismo Escipión el Africano y que inculcaba aun á los contemporáneos de Augusto. Por eso, aquel grande historiador «cuya alma se había hecho antigua al contacto de las antiguas cosas,» aquel republicano que alaba á Bruto y duda de César, aquel libre ciudadano «del mayor imperio, después del de los dioses,» aquel raro espíritu que amaba el pasado y comprendía el presente, tal á lo menos como lo habían hecho necesario los crímenes y las bajezas de los hombres, y tal como lo hacía la moderación del príncipe, tuvo también, sin buscarla, participación activa en la obra monárquica del vencedor de Antonio.

Por una contradicción que explica la falsa posición, en que, desde el primer día, colocó Augusto el imperio, convenía á su política que se pusiera el cuadro de las costumbres de la antigua república á la vista de aquellos de quien dirá Tácito que se precipitaban saliendo al encuentro de la servidumbre. El raptor obligado de las libertades públicas hubiera querido traer el tiempo antiguo sin la antigua libertad; el hombre que había arrebatado el alma de la nación hubiera cifrado su gloria en que aquellos cuerpos sin alma tuvieran la dignidad de ciudadanos, que no se habían hecho dueños del mundo, sino comenzando por hacerse dueños de sí mismos. Comprendo la noble ambición de Augusto de honrar su monarquía con virtudes republicanas, de compensar la docilidad de los ánimos con la austeridad de las costumbres, el lujo deslumbrador de una ciudad incomparable con los placeres modestos y tranquilos de la vida rústica; pero queriendo cosas contrarias, fracasarán seguramente los designios. Sus poetas é historiadores obtuvieron los resultados que alcanzan los hombres más elocuentes, cuando hablan en un sentido, y las ideas, las necesidades y los usos van en otro. La multitud se sustrae á su influencia; sólo algunos individuos la sufren y forman, como se verá muy luego, esas bellas protestas del pasado vencido contra el presente triunfante, que impedirán, como Trasea, la prescripción en favor de las cobardías de la conciencia y de las abyecciones del despotismo.

Tito Livio y Virgilio, pintores los dos de los tiempos

(2) Los ciento cuarenta ó ciento cuarenta y dos libros de su *Historia romana*, de los cuales sólo nos quedan treinta y cinco, comenzaban en los orígenes de Roma y terminaban en la muerte de Druso, hermano de Tiberio: era un espacio de setecientos cuarenta y tres años.